

Jean Lartéguy

# LOS CENTURIONES



En «Los centuriones» se narra la gran aventura de los paracaidistas de Dien-Bien-Fú en la Kasbah de Argel. Sobre un fondo histórico sabiamente analizado, el novelista teje su ficción y pone al servicio de su arte toda la experiencia de una vida curtida por el sol de muchas aventuras bélicas.

Sin embargo, «Los centuriones» –primera parte de una trilogía que completa «Los mercenarios» y «Los pretorianos», cada una de las cuales puede leerse con entera independencia– no es la mera crónica de una guerra total e inhumana en sus tácticas. Por su audaz penetración psicológica, por su estudio del amor y del sexo, por el arte con que pone al desnudo y frente a frente el mundo de la hipocresía y el de los instintos, es, también, y ante todo, una obra excepcional.

*A Jean Pouget.*

Conozco perfectamente a los centuriones de las guerras de Indochina y de Argelia. En un tiempo fui uno de ellos. Periodista más tarde, me convertí en su testigo y a veces en su confidente.

Siempre me sentiré unido a estos hombres, incluso si llega un día en el que no esté de acuerdo con el camino que ellos elijan para andar; pero no me creo obligado, ni mucho menos, a dar de los mismos una imagen convencional y más o menos embellecida.

Este libro es, ante todo, una novela, y sus personajes son, por tanto, imaginarios. En ocasiones, por un rasgo o por una aventura, podrán recordar a uno u otro de mis antiguos camaradas, hoy célebre o muerto y olvidado. Pero a ninguno de mis personajes se le puede bautizar sin incurrir en error. Por el contrario, los hechos, las situaciones y los decorados están tomados, casi totalmente, de la realidad; habiéndome esforzado, además, en atenerme a fechas exactas.

Dedico este libro a la memoria de todos los centuriones que mueren para que Roma sobreviva.

JEAN LARTÉGUY

*Nos habían dicho, al abandonar la tierra madre, que partíamos para defender los derechos sagrados de tantos ciudadanos allá lejos asentados, de tantos años de presencia y de tantos beneficios aportados a pueblos que necesitan nuestra ayuda y nuestra civilización.*

*Hemos podido comprobar que todo era verdad, y porque lo era no vacilamos en derramar el tributo de nuestra sangre, en sacrificar nuestra juventud y nuestras esperanzas. No nos quejamos, pero, mientras aquí estamos animados por este estado de espíritu, me dicen que en Roma se suceden conjuras y maquinaciones, que florece la traición y que muchos, cansados y conturbados, prestan complacientes oídos a las más bajas tentaciones de abandono, vilipendiando así nuestra acción.*

*No puedo creer que todo esto sea verdad, y, sin embargo, las guerras recientes han demostrado hasta qué punto puede ser perniciosa tal situación y hasta dónde puede conducir.*

*Te lo ruego, tranquilízame lo más rápidamente posible y dime que nuestros conciudadanos nos comprenden, nos sostienen y nos protegen como nosotros protegemos la grandeza del Imperio.*

*Si ha de ser de otro modo, si tenemos que dejar vanamente nuestros huesos calcinados por las sendas del desierto, entonces, ¡cuidado con la ira de las Legiones!*

*MARCUS FLAVINIUS,*

*Centurión de la 2.<sup>a</sup> Cohorte de la Legión  
Augusta, a su primo Tertullus, de Roma*

## **PRIMERA PARTE**

# **EL CAMPO NÚMERO 1**

## CAPÍTULO PRIMERO

### EL HONOR MILITAR DEL CAPITÁN DE GLATIGNY

Los prisioneros, atados unos a otros, semejan una columna de orugas procesionarias. Desembocan en una pequeña hondonada siempre vigilados por sus guardianes vietminh, que no cesan de gritarles:

–*Di-di, mau-len*, avancen... ¡más aprisa!

Todos se acuerdan de las *rickshaw* que alquilaban en Hanoi o en Saigón, apenas hace unas semanas o unos meses. Entonces también ellos gritaban al conductor:

–*Mau-len, mau-len*, corre rápido, podredumbre humana, que en la calle Catinat está esperándome una mestiza preciosa. Es tan zorra que si llego con diez minutos de retraso habrá encontrado otro tipo. ¡*Mau-len, mau-len!* Se terminó el permiso. El batallón está alerta, y quizás ataquemos esta noche. ¡*Mau-len*, corre más, para que desaparezca ese rincón del jardín y la fina silueta blanca que me hace señas con la mano!

La hondonada recuerda a todas las del país *thai*. La pista se desprende bruscamente del valle, estrangulado por la montaña y el bosque, para ir a parar a la alineación de los arrozales que se ajustan uno al otro como piezas de marquetería. La red geométrica de los diques de tierra negra parece enclaustrar el color, el verde muy tupido, que corresponde a la hierba de *paddy*.

En el centro de la depresión ha sido destruido el poblado. Ahora sólo quedan algunos pilotes, ennegrecidos por el fuego, que emergen de las grandes hierbas de elefante.

Sus habitantes han huido al bosque, pero el comité político utiliza estos pilotes con fines de propaganda. Un cartel burdamente dibujado representa a una pareja *thai* vestida con su traje tradicional. La mujer, sombrero plano, corpiño estrecho y larga saya; el hombre, con sus anchos pantalones negros y su corta chaqueta. Ambos acogen con los brazos abiertos a un *bo-doi*, es decir, a un soldado triunfador de la República Democrática del Vietnam, cubierto con su casco de latanero, y con una enorme estrella amarilla cosida, sobre fondo rojo, en su guerrera.

Un *bo-doi* semejante al de la pancarta, pero que camina con los pies desnudos y protegiéndose el pecho con una ametralladora, hace señas a los prisioneros para que se detengan. Y ellos se dejan caer sobre las crecidas hierbas que festonean el sendero. No pueden utilizar sus brazos porque los llevan atados a la espalda, y se contorsionan como anillas de gusano.

De entre los matorrales emerge un campesino *thai*. Se acerca tímidamente a los prisioneros. El *bo-doi* le anima con unas frasecillas secas que suenan a propaganda. Muy pronto es todo un grupo, ataviado con negra vestimenta, el que contempla a los franceses cautivos.

El espectáculo les parece increíble, y vacilan sobre la actitud a adoptar. Sin saber qué hacer, permanecen silenciosos, inmóviles, dispuestos para la huida. Quizá se preparan a ver cómo los *narices largas* rompen sus ataduras y aniquilan a sus guardianes.

Uno de los *thai*<sup>[1]</sup>, empleando toda clase de fórmulas de precaución y de cortesía, interroga a otro *bo-doi* que acaba de aparecer, armado con un pesado fusil checoslovaco que sostiene con las dos manos. Con suavidad, utilizando el tono protector de un hermano mayor que se dirige al pequeño, el *bo-doi* responde. Su falsa modestia indigna al teniente Pinières, haciéndole más insoportable el triunfo del viet. Arrastrándose, se acerca al teniente Merle:

—Han quemado a la hechicera en Dien-Bien-Fú, y éste tiene que relatarles el golpe. Nosotros éramos la hechicera.

La voz de Boisfeuras se alza chirriante, y a Pinières se le antoja tan suficiente como la del *bo-doi*:

—Les dice que el pueblo vietnamita ha vencido a los imperialistas, y que ahora están libres.

A su vez, el *thai* va traduciendo a sus camaradas. Alza el tono y adopta aires protectores mientras se estira, como si el hecho de hablar la lengua de aquellos extraños soldados, dueños de los franceses, le hiciese partícipe de su victoria.

Los *thai* lanzan algunos gritos de alegría. No demasiado fuertes. Gritos, risas y exclamaciones contenidas, al tiempo que se aproximan a los prisioneros para verlos mejor.

El *bo-doi*, alzando la mano, suelta un discurso.

—Bueno, capitán Boisfeuras —dice Pinières agríamente—; ¿qué dicen ahora?

—El viet les está hablando de la política de clemencia del presidente Ho, y les dice que no se puede maltratar a los prisioneros, cosa que nunca se les había pasado por la imaginación. El viet les empujaría de buena gana a los malos tratos sólo por tener el placer de contenerlos. También les dice que esta tarde, a las cinco, la guarnición de Dien-Bien-Fú se ha rendido.

—¡Mil años de vida para el presidente Ho! —grita el *bo-doi* al terminar su arenga.

—¡Mil años de vida para el presidente Ho! —repite el grupo, con la voz átona y seria de los escolares.

La noche ha caído sin escrúpulo. Bandadas de mosquitos y otros cínifes se encarnizan sobre los brazos, las piernas y los torsos desnudos de los franceses. Los viets, al menos, pueden espantarlos con ramas.

Pinières se acerca a Glatigny arrastrándose, lo que obliga a los demás compañeros a hacer lo mismo para cam-

biar de postura. Glatigny contempla el cielo y parece sumido en un sueño profundo.

Glatigny era el responsable de que todos estuviesen encadenados, ya que se había enfrentado con el comisario político. Ninguno de los veinte hombres que con él estaban maniatados se lo echaba en cara. Quizá salvo Boisfeuras, quien, por otra parte, tampoco se había manifestado a este respecto.

—Dígame, mi capitán, ¿de dónde salió ese Boisfeuras que habla la jerga de los viets?

Pinières tutea a todo el mundo menos a Glatigny y a Boisfeuras; a uno por respeto, al otro por demostrarle hostilidad.

A Glatigny parece costarle trabajo salir de su sueño. Tiene que hacer un gran esfuerzo para responder:

—Le conozco desde hace cuarenta y ocho horas. Llegó el cuatro de mayo por la tarde al punto de apoyo. Fue un milagro que hubiese pasado con su convoy de P. I. M.<sup>[2]</sup> cargado de municiones y de vituallas. Hasta ese día no había oído hablar de él.

Pinières, tras gruñir algo, se frota la cabeza contra un montón de hierba, tratando de deshacerse de los mosquitos.

Glatigny quería olvidar la caída de Dien-Bien-Fú. Pero los acontecimientos de los seis últimos días, los combates que se habían desarrollado sobre el punto de apoyo de Marianne II, que él mandaba, se habían fundido en una especie de molde para no formar más que un bloque de fatiga y de horror.

La víspera, el picacho había sido bloqueado en sus tres cuartas partes. La infantería viet atacaba todas las noches, y los pesados morteros hostigaban el puesto durante el día. Del batallón sólo quedaban cuarenta hombres váli-

dos, o ligeramente heridos. El resto se confundía con los agujeros y el barro.

Glatigny, durante la noche, había tenido un último contacto, por radio, con Raspéguy, que acababa de recibir sus galones de coronel. Era el único que seguía contestando y dando órdenes. Glatigny le lanzó un S. O. S.

—No tengo abastecimiento, mi coronel. Ni municiones. Y están sobre la posición, donde nos batimos cuerpo a cuerpo.

La voz de Raspéguy, un poco ronca, pero conservando todavía algunas entonaciones cantarinas, propias de la lengua vasca, le tranquilizó y le infundió calor, al igual que un vaso de buen vino tras un penoso esfuerzo.

—Aguanta, pequeño; trataré de hacer pasar algo.

Era la primera vez que el gran paracaidista le tuteaba. A Raspéguy no le gustaban los hombres del Estado Mayor ni los que se relacionaban con los generales, y Glatigny había sido, durante mucho tiempo, ayudante de campo del comandante en jefe.

El día se había levantado una vez más, y una silueta había ocultado por un momento el trozo de cielo que se dominaba desde la entrada del parapeto.

La silueta se esfumó de pronto y luego volvió a aparecer. Un hombre, con el uniforme cubierto de barro, colocó su fusil americano sobre la mesa. Después se liberó del casco de acero que cubría su cabeza. Tenía los pies desnudos y los pantalones recogidos hasta las rodillas. Cuando se volvió hacia Glatigny, la luz grisácea de aquella mañana lluviosa había iluminado sus ojos, cuyo iris tenía un color verde agua muy pálido.

El hombre se presentó:

—Capitán Boisfeuras. Traigo conmigo cuarenta P. I. M. y unas treinta cajas.

Los dos convoyes anteriores habían tenido que renunciar a franquear los trescientos metros que todavía unían Marianne II y Marianne III por medio de un conducto infor-

me repleto de barro líquido que se encontraba bajo el fuego de los viets.

–Dos mil setecientas granadas de mano y quince mil cartuchos, Pero no traigo munición de mortero y tuve que abandonar las cajas de raciones en Marianne III.

–¿Cómo lo ha conseguido? –preguntó Glatigny, que no contaba con recibir auxilio.

–Convencí a mis P. I. M. de que era necesario venir.

Glatigny miró a Boisfeuras con más atención. Era bastante pequeño, un metro sesenta todo lo más; las caderas estrechas y anchas las espaldas. Casi era de la misma estatura que un indígena de la Alta Región, con un cuerpo robusto y fino a la vez. Sin ver su rostro, de fuerte nariz y boca carnosa, se le podría tomar por un mestizo. Su voz, un poco chirriante, acentuaba esa impresión.

–¿Qué hay de nuevo? –preguntó Glatigny.

–Seremos atacados mañana, a la caída de la noche, por la división 308. Es la más dura. Por este motivo abandoné las cajas de las raciones para traer más municiones.

–¿Y cómo lo sabe usted?

–Antes de venir con el convoy fui a pasearme entre los viets. Hice un prisionero. Era de la 308 y me dio la información.

–No me han prevenido del P. C.<sup>[3]</sup>

–Olvidé llevar conmigo al prisionero, era un estorbo. Y no me han querido creer.

Mientras hablaba se había secado las manos con su gorro, y había tomado el último cigarrillo que quedaba en el paquete de Glatigny.

–Fuego, por favor... Gracias. ¿Puedo instalarme aquí?

–¿No regresa al P. C.?

–¿Y para qué? Tan perdido está esto como aquello. La 308 fue totalmente reformada en enero. Va a rendir al máximo, y barrerá todo lo que aún sigue en pie.

Glatigny empezaba a sentirse molesto ante la suficiencia del recién llegado y por la mirada socarrona que veía

alumbrar en sus ojos. Trató de hacerle volver a su sitio.

—¿Fue su prisionero el que también le ha suministrado esa información?

—No, pero hace quince días crucé la retaguardia de la 308 y vi las columnas de refuerzos que llegaban.

—¿Cómo puede permitirse el lujo de pasearse entre los viets?

—Vestido de *nha-que* soy casi irreconocible, y hablo muy bien el vietnamita.

—Pero ¿de dónde procede usted?

—De la frontera de China. Estuve organizando maquis por allá. Un día recibí la orden de abandonarlo todo y unirme a los de Dien-Bien-Fú. Tardé un mes.

Un guerrillero *nung*, que llevaba el mismo atuendo que el capitán, hizo su aparición.

—Es Min, mi asistente —dijo Boisfeuras—. Estaba allí conmigo.

Se puso a hablarle en su lengua. El *nung* meneaba la cabeza. Después la bajó, colocó su fusil al lado del de su jefe, se despojó de todo su equipo y salió.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó Glatigny, con una curiosidad cargada de prevención.

—Que se marchase. Va a tratar de ganar Luang Prabang por el valle del Nam-Bac.

—Usted podría marcharse también.

—Quizá, pero no lo haré. No quiero perderme nada de una experiencia que puede ser sumamente interesante.

—¿No es el deber de un oficial evadirse?

—Todavía no soy un prisionero; ni usted tampoco. Pero pasado mañana lo seremos ambos... o estaremos muertos. Es un riesgo que hay que correr.

—Puede alcanzar los maquis que hay alrededor de Dien-Bien-Fú.

—Ya no hay maquis alrededor de Dien-Bien-Fú, o si los hay trabajan para los viets. Como en todas partes, también

hemos fracasado allí..., porque no hemos hecho la guerra que hubiera convenido hacer.

–Hace sólo un mes yo estaba con el comandante en jefe. Gozaba de toda su confianza y he participado en la creación de esos maquis. Nunca oí hablar de los que se encuentran en la frontera de China.

–No estaban siempre en la frontera. Muchas veces, incluso, andaban por el interior de China. Yo dependía directamente de París, de un servicio adjunto a la Presidencia del Consejo. Todo el mundo ignoraba mi existencia, así se podían desentender de mí al menor incidente.

–Pues si nos hacen prisioneros va a tener usted tropiezos con los viets.

–Ignoran por completo, mi actividad. Trabajaba contra los chinos, no contra los viets. Mi combate, si lo prefiere así, era menos localizable que el suyo. El comunismo, en Occidente, en Oriente o en Extremo Oriente, forma un todo, un bloque. Es pueril creer que cuando se ataca a uno de los miembros de esta comunidad se puede localizar el conflicto. Algunos hombres lo habían comprendido así en París.

–Usted no me conoce y parece tener ya confianza en mí para revelarme cosas que tal vez yo hubiese preferido ignorar.

–Tendremos que vivir juntos, capitán Glatigny, acaso durante mucho tiempo. Me ha gustado su actitud, cuando, al saber que todo estaba perdido en Dien-Bien-Fú, abandonó al general en jefe, un hombre de su casta y de su tradición, para lanzarse aquí en paracaídas. He encontrado en su gesto un sentido que quizá no sea el que usted quiso darle. A mis ojos, usted ha abandonado las jerarquías muertas para unirse a los soldados y a los pequeños cuadros, a todos los que se batían, a la base del Ejército.

De esta forma, Glatigny había trabado conocimiento con Boisfeuras, el hombre que ahora, prisionero y atado, se encuentra acostado a muy pocos metros de él.